



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: América Latina en el fin del milenio:  
el desafío de la integración

Autor: Zea Prado, Irene

Forma sugerida de citar: Zea, I. (1991). América Latina en el  
fin del milenio: el desafío de la  
integración. *Cuadernos Americanos*,  
5(29), 146-153.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# AMÉRICA LATINA EN EL FIN DEL MILENIO: EL DESAFÍO DE LA INTEGRACIÓN

Por *Irene ZEA PRADO*

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES. UNAM

A FINALES de la década de los ochenta, el escenario internacional experimenta un drástico cambio. Lo inaudito, lo inesperado, se convierte en norma y los esquemas conocidos interpretativos de la realidad resultan inoperantes.

De la noche a la mañana, el 19 de noviembre de 1989, para ser exactos, el muro de Berlín, símbolo por excelencia de la guerra fría, se viene abajo. El proceso no se detiene ahí; por el contrario, el cuestionamiento de los conceptos que petrificaran al mundo en dos campos, opuestos y antagónicos, el capitalista y el comunista, alcanza el corazón de la Europa del Este. En menos de tres meses, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria, al afirmar su autonomía y poner en entredicho el sistema de dominación soviético, liquidan el viejo orden, instaurado después de la Segunda Guerra mundial y mantenido desde entonces por el Pacto de Varsovia. A su vez, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que vela por la seguridad de la Europa Occidental, también pierde influencia.

Eliminadas las barreras ideológicas y abanderadas por el neoliberalismo económico, las dos Europas confluyen en una sola idea, la de la Casa Común Europea.

Con la declaración oficial de la "muerte del comunismo" y la eliminación definitiva del conflicto Este-Oeste, los Estados Unidos ya no tienen acomodo en el Viejo Mundo, ni por tradición histórica, ni por cercanía geográfica, y se repliegan necesariamente a su hábitat natural, que es el continente americano.

Así la América Latina, tan cerca y tan lejos de los Estados Unidos, es tomada de nuevo en cuenta por esta nación, para incorpo-

rarla a su megaproyecto de intentar hacer de toda la región un gran "mercado común" semejante al de Europa o el que tiene la Cuenca del Pacífico. La propuesta la hace el presidente norteamericano George Bush en junio de 1990, y lleva el nombre la Iniciativa de las Américas.

El documento contempla tres puntos: primero, la creación de una zona de libre comercio que se extiende desde Alaska hasta la Patagonia; segundo, la constitución de un fondo económico para inversiones en el hemisferio, administrado por el Banco Interamericano de Desarrollo Económico (BID) y tercero, canjear los empréstitos obtenidos por beneficios ecológicos.

La idea en principio no es mala; ofrece al menos una alternativa de desarrollo para países crónicamente estancados o que viven a destiempo con un pasado hipotecado, un presente incierto y un futuro cancelado.

En efecto, hoy en día, de acuerdo con datos proporcionados por la CEPAL, la situación económica y social de la América Latina es mucho peor de lo que lo fue en 1980. Simplemente en 1990 el producto por habitante de la región es similar al de 1976; los salarios mínimos reales son un 25 % inferiores a los de 1980 y la pobreza extrema aumentó de 35 a 38 % de los hogares entre 1980 y 1986. Como si eso fuera poco, la deuda externa es superior a los 400 mil millones de dólares, a pesar de una transferencia anual promedio de recursos al exterior calculada en 32 mil millones de dólares.

En este contexto, la iniciativa es loable, lo que no es válido es su concepción: el por qué y el para qué, determinados no por las circunstancias propias de las naciones latinoamericanas sino por las necesidades bien específicas de los Estados Unidos.

Irónicamente, Estados Unidos, el ganador indiscutible de la guerra fría, se encuentra en desventaja en una economía de mercado dominada precisamente por los perdedores de la Segunda Guerra mundial: Japón y Alemania.

Frente a esos dos bloques económicos se impone la formación de uno mayor y más fuerte, que pueda competir eficientemente, de modo tal que la unión de la América Latina con los Estados Unidos resulta una prioridad de primer orden. Así, el papel a desempeñar por la América Latina en el contexto global queda determinado por la función que le asignen los Estados Unidos. Función acorde no con las necesidades de los asociados sino de quien los convoque.

Desafortunadamente, dadas las características de globalización e interdependencia económica del mundo contemporáneo, Amé-

rica Latina, si no quiere perecer o permanecer al margen de la historia, debe incorporarse a la modernidad mediante la conformación de bloques.

Sin embargo, hay asociaciones de asociaciones. En el caso particular del hemisferio occidental se han planteado fundamentalmente dos esquemas diametralmente opuestos: la "unión de" promovida por los Estados Unidos y la "unión entre", sostenida por la América Latina. Una tiene como fundamento el predominio de una nación sobre las demás; la otra tiene como base la igualdad. Una visión hegemónica por un lado, una perspectiva internacionalista por el otro.

La primera encuentra su sustento en la llamada Doctrina Monroe, expresada en el panamericanismo e institucionalizada en la Organización de Estados Americanos. La segunda se nutre de las ideas de Bolívar, pivote del anhelo latinoamericano de unidad e integración.

El 2 de diciembre de 1823, el presidente Monroe, en un mensaje al Congreso de su país, se abroga el derecho de regular las relaciones extracontinentales de la América Latina. Es una declaración unilateral que no toma en cuenta la opinión de los interesados, a quienes incorpora a su esfera de influencia. Con el supuesto de protegerlos se reserva para sí la exclusividad del hemisferio.

Estados Unidos asume desde entonces la responsabilidad de la defensa del continente, definiendo como enemigo a todo aquél o a todo aquello que contravenga sus intereses. En el siglo pasado el enemigo es Europa, después de la Segunda Guerra mundial, el comunismo, y hoy en día, la droga, Fidel Castro y el Estado propietario indistintamente.

Para la consecución de esta tarea se requiere de la "colaboración" de los países de la región a proteger, y se propone entonces la unión de los Estados Unidos con la América Latina.

Pero dada la disparidad de poder, tal propuesta viene a resultar la integración del tiburón con las sardinas: la del fuerte con el débil, que conlleva siempre la sumisión del más frágil; la vertical, dictada desde arriba; la de la Doctrina Monroe: América para los estadounidenses.

La formalización de tal unión se inicia con las conferencias panamericanas en 1889-1890. En la primera de ellas, convocada por los Estados Unidos en Washington, José Martí, entonces corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires, advierte contra el peligro de la "amistad proyectada" en el sentido de que las naciones de

América Latina estarán mejor como "amigas naturales sobre bases libres" que como "coro sujeto a un pueblo de intereses distintos".

No obstante, la reticencia de algunos países latinoamericanos que ven con desconfianza la alianza desigual, los "americamos" —que a partir de entonces así se llaman, despojando a sus vecinos del sur de su identidad geográfica— pretenden dos propósitos fundamentales, uno de carácter político y el otro de carácter económico. En el plano político intentan imponer un tribunal permanente de arbitraje obligatorio para dirimir los asuntos internos de las naciones latinoamericanas, en el cual el puesto del gran juez corresponde a los Estados Unidos. En lo económico se busca la creación de una unión arancelaria que garantice a los productos de los Estados Unidos un vasto mercado cautivo,

Aunque ninguna de las dos ideas maestras de la diplomacia norteamericana se aprobara en la reunión, constituyeron el primer precedente de lo que sería más tarde la naturaleza de la organización multilateral de Estados Americanos, conformados bajo la égida norteamericana.

Años más tarde, una vez asentada la preeminencia económica de los Estados Unidos en el continente, y desplazados definitivamente los ingleses, los norteamericanos están en posibilidad no sólo de lograr sus objetivos sino de ampliarlos. El panamericanismo inicial se extiende en un sentido militar y se incorpora al léxico de la unión el concepto de "seguridad hemisférica". En 1947 se firma en Río de Janeiro el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y en 1948 en Bogotá se constituye la Organización de Estados Americanos. Con ambos instrumentos se "multilateralizan" la Doctrina Monroe y la protección del continente, antes responsabilidad única y exclusiva de los Estados Unidos y ahora responsabilidad de todos.

De esta manera, los Estados Unidos sancionan sus intervenciones y la utilización del órgano regional es tal que Fidel Castro la denominaría el "ministerio de las colonias" norteamericano.

En contra del concepto unilateral y hegemónico contenido en la doctrina Monroe, el Libertador Simón Bolívar plantea el principio de solidaridad de todos los países de la América Latina en el plano de igualdad. Unidos en la servidumbre, ¿por qué no habríamos de estarlo en la libertad?, se pregunta el prócer, y propone una unión de repúblicas que se aleje de las tradicionales alianzas de carácter defensivo u ofensivo para dotar a la América Latina de una sólida organización política, de carácter permanente, que le

garantice la paz interna y le permita su desarrollo integral como nación. Esta unión se plantea entre una América hispana y portuguesa independientemente de los Estados Unidos, cuyo distinto origen cultural, poder económico y ambiciones expansionistas lo apartan de este proyecto de confederación. Ello no implica la cancelación de una posible unión con los Estados Unidos. Por el contrario, una vez dada la unión entre iguales se puede llegar a una asociación con otro diferente porque se ha alcanzado previamente la igualdad de condiciones. Es más, la integración latinoamericana bien podría ser el punto de partida de una integración planetaria, por ello "La libertad del Nuevo Mundo es la Esperanza del Universo". Una unidad que dependa no de la fuerza sino del respeto y la cooperación.

Desafortunadamente, el proyecto de Bolívar quedó en ensueño. Pudieron más las fuerzas centrífugas que las centrípetas y la América Latina se balcanizó, se fragmentó dando lugar a regionalismos feudales desligados unos de otros, y la mayoría de las veces enfrentados. En este ámbito de la división se pudo entonces imponer el proyecto norteamericano de "integrar para reinar".

De esta manera, la América Latina, cuyas naciones viven de espaldas una de otra y de frente a los Estados Unidos, hace de este país su principal socio político y económico, con lo que se cumple la profecía de Bolívar de que "una vez pactado con el fuerte, es eterna la obligación del débil". El ejemplo más claro de ello es México, que se debate a todo lo largo de su relación con los Estados Unidos entre "la cooperación y el conflicto", entre la necesidad de romper con la dependencia porque le es lesiva, pero a la vez mantenerla porque le es imprescindible para poder vivir.

Curiosamente, la integración "asimétrica" impuesta por los Estados Unidos llevaría a una toma de conciencia de los países de la América Latina de su especificidad como latinoamericanos y de la posibilidad de una solidaridad horizontal real y efectiva, con soluciones regionales a problemas regionales, para pasar de la fragmentación a la voluntad integracionista.

La primera manifestación en ese orden de cosas es la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dependiente de la ONU, que crea toda una corriente de pensamiento según la cual, mediante un análisis económico de la región a partir de la región misma, se cambian radicalmente las perspectivas de la noción del subdesarrollo latinoamericano como una etapa anterior al desarrollo. El acento puesto en la posición centro-periferia y en el deterioro de los

términos del intercambio entre productos primarios y manufacturados, ayuda a percibir los intereses Norte-Sur y el carácter falaz de las solidaridades verticales.

El Mercado Común Centroamericano —que comprende Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua—, el Pacto Andino —formado por Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela—, el Tratado de la Cuenca del Pacífico —integrado por Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay— y por último la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio —conformada por todos los países de Sudamérica y México— son, entre otros, acuerdos que favorecen la integración regional y subregional y sobre todo una política de corte bolivariano que no contempla la inclusión de los Estados Unidos.

La nueva percepción de la identidad latinoamericana y la reticencia declarada a presuponer una armonía de intereses entre los Estados Unidos y la América Latina llevarían a los países de la región a buscar nuevas solidaridades allende las fronteras marcadas por la geografía.

Así, a la percepción este-oeste que domina prácticamente las relaciones internacionales durante todo el periodo de la guerra fría, se contraponen la percepción norte-sur y la América Latina encuentra que tiene más en común con los llamados países periféricos y con los supuestos apéndices de Europa que con los Estados Unidos, a pesar de formar parte del mismo continente. Estos países, aparentemente tan ajenos y tan lejanos, pero en esencia tan cercanos, militan por cuestiones muy propias de la América Latina. Aprovechando escenarios internacionales ya existentes y formando nuevos, como el Grupo de los 77, demandan un orden internacional más equitativo para sus materias primas y más propicio para sus productos industrializados.

América Latina, identificada con el Tercer Mundo, despliega una actividad inusitada en todos los foros internacionales en favor de este grupo, apoyando sus demandas y proponiendo nuevas fórmulas como la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados en 1974.

Por otro lado, la toma de conciencia de la oposición de intereses con los países industrializados occidentales, y sobre todo con el país líder del "mundo libre" y el rechazo a la política de bloques, lleva a algunos países latinoamericanos a comprometerse con el movimiento de los No Alineados y a otros, como es el caso de Venezuela, a sumarse a los cárteles de los países productores de pe-

tróleo, como la OPEP, creada precisamente por este país y las naciones árabes en 1960.

De la misma manera, y al margen de la Organización de Estados Americanos, la América Latina intenta fórmulas propias, no sólo en el terreno económico, sino también en el político. Desafiando a los Estados Unidos se da el acuerdo franco-mexicano, acuerdo que da legitimidad a la guerrilla salvadoreña. Asimismo, Venezuela y México suscriben el Pacto de San José, que de alguna manera brindaría apoyo al movimiento sandinista. También, en enero de 1983, México, Panamá, Colombia y Venezuela conforman el grupo Contadora, que, junto con el grupo de apoyo de Brasil, Argentina, Perú y Uruguay, buscará una salida negociada al conflicto centroamericano contra la solución de fuerza propuesta por los Estados Unidos.

Desafortunadamente, la "vía latinoamericana" tiene sus costos que en ocasiones son extremadamente altos. El ejemplo más claro de ello lo tenemos en la Guatemala de Arbenz, en el Chile de Allende, en la Nicaragua de Ortega y en la Cuba de Castro que está en la mira. En menor medida, aunque no menos importantes se presentan los casos de otros países como México, cuya capacidad de acción está limitada por la situación de dependencia que guarda con los Estados Unidos, que es su principal socio comercial, inversionista y acreedor.

Esta gran limitante a la integración no tiene por qué ser definitiva. Por el contrario, la misma constituye una realidad, de la que hay que partir, si se quiere tener éxito en cualquier tipo de unión. En efecto, la viabilidad de la estrategia integracionista se encuentra en la capacidad de los Estados de estructurar, con otros Estados soberanos, una estrategia de interrelación económica, política y diplomática basada en intereses comunes de las partes, pero sin ignorar esa otra estructura de poder que los afecta. En el caso concreto de la América Latina, los Estados Unidos.

Es decir, en un mundo tan interdependiente como el actual, no se trata de optar por una dependencia, cualquiera que ésta sea, sino de hacer de esa obligada relación un instrumento al servicio de todos y cada uno de los pueblos que la integran.

En la medida en que la América Latina logre estructurar sus propias soluciones y a partir de éstas participar en la corriente de la modernidad, tiene la partida ganada.

En el sentido anterior apunta la Cumbre Iberoamericana del 18 al 19 de julio de 1991 en la Ciudad de Guadalajara en México,

en la que, como señalara el comandante Fidel Castro, "Por primera vez nos reunimos los latinoamericanos sin que nos convoquen otros", no para hacer un recuento de males o un muro de lamentos, sino para examinar, en esos 500 años que lleva constituida la América Latina como tal, sus logros y deficiencias, sus dilemas actuales y sus perspectivas. Todo ello con el fin de que la América Latina marque la pauta de su participación en un mundo que dejó de ser bipolar, que se constituyó en bloques económicos, y del cual, dadas las condiciones económicas, políticas y sociales de la América Latina, era muy difícil constituirse como bloque *per se* si no era por su anexión a otro.

En otras palabras, la Cumbre Iberoamericana constituye en cierta forma una respuesta a la Iniciativa de las Américas. Es decir, no es la negativa a integrarse a un mercado común con los Estados Unidos, sino la negativa a integrarse en calidad de una entidad subordinada. . .